

EL CRONISTA.



REVISTA QUINCENAL.

...SUMARIO...

Algo de la quincena, *Cascabel*.—Mis oraciones, *Andrés Giuliani*.—En un Album, *J. R. M.*.—Ami hija Consuelito, *Concha Salteau de Varcárcel*.—La primera calaverada, *Eduardo de Palacio*.—Después del baile, *Manuel Reina*.—Un desafío, *X.*.—Primavera, *Talina*.—El mozo de café, *J.M.*.—Curiosidades, *Z.*.—Anuncios.

Año I.

Almería 13 de Junio de 1887.

Núm. 9.

ALGO DE LA QUINCENA.

En una sola frase podemos condensar la revista de salones de la pasada quincena; el teatro.

Solo en este lugar ha reinado la animación, y solo en este sitio la concurrencia del público almeriense ha sido constante y numerosa, atraída por la presencia de tanta belleza, de tanto rostro hechicero y angelical como por las noches esmaltan el coliseo de Novedades.

La compañía que dirige la eminente y bella actriz Doña Julia Cirera ha sido el mágico talismán que ha roto la monotonía de nuestra lánguida y penosa existencia, despertando el interés y la animación entre nosotros, para que arrojando la inercia y la modorra que nos consumía, demos grato placer á nuestro espíritu con la concurrencia á las representaciones dramáticas que de

modo tan magistral verifica la citada compañía.

Compónese esta de un personal escogidísimo é inteligente y si se añade la acertada elección de las obras que forman su repertorio, se comprenderá fácilmente que el resultado sea el que indicamos.

Julia Cirera, esa brillante estrella de la escena española, reúne la belleza la distinción y el talento en tan sumo grado, que la colocan en primer término en la lista de las actrices españolas, siendo difícil haya alguna otra que pueda aventajarle.

No necesita ella por cierto de nuestros elógios, ni somos quien para juzgarla, porque su reputación es tal y tan justamente adquirida, que su nombre solo es bastante recomendación y aliciente para que el público acuda presuroso á llenar las localidades todas del teatro donde ella actúa.

En la interpretación de todas las

obras, se le vé y encuentra siempre á la altura de su justo renombre, identificada siempre con su papel, salvando con prodigiosa maestría las situaciones todas, por difíciles que estas sean, caracterizando de modo magistral é inimitable los personajes que la fantasía del poeta creara.

No es posible hacer más: no puede llegarse más allá. Es si se permite lé frase, la última palabra del arte escá-nico.

El Sr. Gonzalez, actor de gran porvenir, tiene momentos felices que arrebatava espontáneas salvas de aplausos al público, que admira en él al discípulo aventajado de Vico, y muchas veces al verle y oírle en escena, le parece escuchar al citado maestro, con su voz y sus actitudes mismas, no siendo dudoso, que en plazo no lejano, el citado actor figurará en primer término, de igual manera que los Sres. Balaguer y Osuna que desempeñan su cometido con la perfección de hábiles actores capaces de caracterizar los tipos y personajes más difíciles de la escena dramática, tanto antigua como moderna.

El Sr. Garcia, es un actor cómico de indiscutible mérito, muy conocido del público de esta ciudad que yá en época anterior ha tenido ocasión de admirarlo y aplaudirle, siendo ocioso cuanto en su encomio pudiéramos decir.

No podemos ocuparnos de todos y cada uno de los demás actores que forman tan escogida compañía, porque las reducidas dimensiones de esta revista y el exeso de original no lo permiten, pero baste decir que tanto las Srtas. Gambardella, y las Sras. Mendoza, Garcia y Gonzalez, como los Señores Cirera, Royo, Aguado y Tapia, son dignos de figurar en la compañía que dirige la Cirera, resultando un conjunto tan homogéneo tan igual, que muy difícil será volvamos á verlo en las

compañías dramáticas que actuan en nuestros teatros.

La festividad de Corpus pasó y nuestras lindas paisanas recibieron un de-sengaño más, quedando defraudadas sus justas y legítimas esperanzas.

Nada han hecho nuestros ediles para solemnizarle, ni un átomo de fiesta ha venido á satisfacer los justos deseos del pueblo que tanto ansiaba la llegada de este día para gozar de su clásica y proverbial velada.

Todo ha quedado reducido á los cortos límites de una procesión en la que se exhibieron algunos uniformes sirviendo esto de pretesto para que las niñas lucieran sus más espléndidos atavíos en las ventanas y balcones de la carrera, que se hallaban todos ocupados por tan lindas personalidades.

Luego, la banda municipal, que como el ave Fénix ha renacido en de sus cenizas, hizo como que si tocára en el paseo del príncipe, pero en tan corta cantidad, en tan exigua dosis, que todos nos quedamos con la miel en los labios, sin que apenas pudiéramos aper-cibirnos de su sabor.

Hé aquí todo el festival del Corpus.

El Centro Mercantil, ó mejor dicho la sociedad *El Recreo* que de su seno ha surgido, dió su primera fiesta en momento bien inoportuno, eligiendo la noche que más interés habia por concurrir al teatro, donde se ponía en escena la obra *Adriana*, en que tanto se distingue la Sra. Cirera.

Sucedió pues, lo que era natural, que apenas si hubo concurrencia porque la inmensa mayoría de familias estaban en el teatro, y las que no fueron á este sitio, tampoco concurren al Centro, por temor á la temperatura elevadísima de aquel salón, semejante á las calderas de Pedro Botero.

Es menester desengañarse, que la temperatura que tenemos en esta época

en Almería, es incompatible con estos festivales á puerta cerrada ó dentro de un salón, no siendo posible ni soportable la permanencia en sitios donde se reunan más de cuatro personas, como no sea alaire libre.

Por eso creemos que los conciertos y los bailes deben darse en el Malecón ó en el Príncipe, y entonces resultarían agradables y concurridos.

Se anuncia la próxima llegada á esta Ciudad, de una compañía de zarzuela.

Nos parece demasiado teatro para el poco dinero que nos vá quedando, y menos aun, teniendo en puerta, arbitrios, repartos vecinales, acciones de ferrocarril, suscripciones en beneficio del Pontífice, y para costear nuevos mantos á las imágenes, etc. etc.

Lo dicho, no nos alcanza el dinero.

CASCABEL.

MIS ORACIONES.

PADRE NUESTRO, por todos invocado, envuelto acaso en misterioso velo, pero siempre visible á nuestro lado, aunque tu residencia está en el cielo, tu excelso nombre sea santificado. Venga tu Reino, fuente de consuelo: domine aquí tu voluntad divina, como del cielo en la región domina.

Dáanos hoy nuestro pan de cada día; perdónanos la deuda y los errores, si de nosotros, cuando amor nos guía, obtienen el perdón nuestros deudores. De tentación é iniquidad impla haz Tú que desoigamos los clamores; y libranos del mal ó mala idea, y por siglos de siglos así sea.

Supremo Ser, Eterno, Omnipotente, Creador, Ordenador del Universo, y su Conservador: á Ti presente todo en la tierra está: me vez converso

buscando la verdad: y lo que siente mi corazón, al mal instinto adverso, conoces; y el objeto en que me fijo: mi plegaria, Señor, á Ti dirijo.

De mi ferviente adoración, te ruego aceptes el tributo á Ti debido; tributo universal, del sacro fuego de la razón y del amor nacido. Acéptalo, Señor, dignate luego mis súplicas oír, como da oído un padre al hijo que doliente llora sus propias faltas y perdón implora.

Yo te adoro, Señor: eternamente, por toda la creación amado seas; y como en el pasado y el presente, en el futuro bendecidas veas las maravillas hijas de tu mente por quien alcance de tu esencia ideas. Yo, que con fe profunda las abrigo, en ellas te contemplo y las bendigo.

Admirado agradezco á tu clemencia la serie de favores, recibida por mí, de tu divina Providencia en los amargos lances de mi vida. Me aflige y mortifica la evidencia con que la reconozco inmerecida; pero, si Tú no me abandonas, quiero enmendarme, Señor, como lo espero.

Mi espíritu mejora; haz que consiga tu santa gracia: por su medio alcance borrar mis faltas, y con fe persiga y propósito firme, á todo trance, la flaqueza, el error que contradiga la noción de lo justo; y siempre avance en la senda del bien, cuando sea dado, hasta llegar al término trazado.

Facilitame, oh Dios, ese camino; y mis deberes por completo llene, siendo mi faro de tu amor divino la eterna ley que todo lo sostiene. Con sus santos preceptos determino mi espíritu impulsar, si se detiene, al cumplimiento de la ley que admiro, puerto de salvación, bien á que aspiro.

Al logro de este fin ansioso aplico
 inteligencia, voluntad y acciones;
 vanos goces renuncio y sacrificio
 mis instintos, tendencias y pasiones.
 A todos amo; á todos, te suplico
 que poderlo probar me proporciones,
 sin hacer exclusión del enemigo,
 del adversario, ni del falso amigo.

La mala voluntad, injuria, ofensa,
 que con la misma me hayan inferido
 ó me inferan, perdono, por inmensa
 que ser pudiese ó grave que haya sido.
 Rencor no guardo; y si en el acto piensa
 en vengarse mi espíritu ofendido
 en su fatal orgullo, á tal idea
 un beneficio mi venganza sea.

Contribuir al bien de todos quiero,
 consagrando deberes y afecciones.
 Por gratitud y por amor, primero
 á mi familia y amigos, atenciones,
 javor y auxilio prodigar prefiero;
 pero en la urgencia, sin vacilaciones,
 á cualquiera que esté desamparado,
 débil, enfermo, triste y desgraciado.

Dáme fuerzas, gran Dios, valor, cons
 (tancia:
 dame resignacion, que vaya unida
 á la más compasiva tolerancia,
 para sufrir los males de mi vida,
 y las miserias que de la ignorancia
 surgen, ó de pasion no reprimida.
 Y si un mal pensamiento lucha traba
 conmigo y vence, mi existencia acaba.

Al que sufre, Señor, al que padece
 mitígale el dolor, consuelo envía;
 dále fe pura ó la que tenga acrece,
 y la esperanza en tu sabiduria
 y bondad infinita fortalece.
 Destruye en él toda tendencia impía
 de odiar la vida ó abreviar la muerte,
 y mejora por fin su triste suerte.

Aumenta el bienestar de los dichosos,
 y al bien comun sus dichas encamina,
 Protege los esfuerzos generosos,
 del que al progreso humano se destina.

A los extraviados ó ambiciosos
 que piensan en sí solos, ilumina.
 Convierte á los perversos y malvados,
 y á los que están en el vicio encenagados.

La civilizacion haz que se extienda;
 ahuyente la ignorancia y rectifique
 los funestos errores, cuya enmienda
 urge: haz que se prenie y santifique
 toda virtud que á mejorarnos tienda;
 se odie el vicio, refréne y modifique
 la pasion, y en aprecio sean tenidos
 la vergüenza, el honor, bien entendidos.

A todos, sobre todo, el sentimiento
 de caridad y de justicia inspira,
 que de Cristo en la idea, en el acento
 y accion, entusiasmado el Orbe admira;
 que ha sido, es y será noble elemento
 del que á ser útil en el mundo aspira,
 donde paz y concordia de tu ley
 nacerán cuando seas único rey.

Ten commiseracion, Dios soberano,
 de tus frágiles hijos; sus pesares
 no acrezca el miedo aterrador é insano
 de que Tú, sin piedad, los desampares
 por sus culpas, ó dejes de tu mano.
 De nuestro corazon nunca separes
 la confianza en Ti, don de los dones,
 ni en ninguna ocasion nos abandones.

Hágase tu justicia bendecida,
 cuyo principio el juez de la conciencia
 ejerce, á no dudarlo, en esta vida;
 pero prevaleciendo tu clemencia
 y tu misericordia, sea cumplida
 con limite, Señor, con indulgencia,
 para que al fin tu gracia, en varios modos,
 la dicha eterna nos conceda á todos.

ANDRÉS GIULIANI.

EN UN ALBUM.

Que algo escriba en tu album me pi-
 des, adorable niña, y he de hacerlo por

más que mal cuadre á mis escasas facultades tal misión.

Yo quisiera serte franco, y expresar en estas líneas el concepto que sobre tí he formado; pero para ello es necesario que Dios con su infinito poder, operara una portentosa y difícil transformación en mi cerebro ó en mi corazón, para que no se impresionaran por el afecto que les inspiras.

Tu hermosura, llena el alma de una dolorosa admiración; al par que tu carácter melancólico y elevado, te aleja de todo lo mundanal y lo pequeño.

Eres, sin duda alguna, uno de esos seres marcados de antemano para un destino superior y que demasiado buenos, tiernos y hermosos para el mundo, solo aparecen en él como luminosos meteoros de tarde en tarde.

Tu existencia es un conjunto heterogéneo é incomprensible de ternuras y sufrimientos, de dolores y alegrías, en las cuales siempre resplandece un algo superior que las diferencia en gran manera de tus semejantes.

¡Dios te bendiga, y haga recaer tu afecto virginal en quien sea verdaderamente digno de él, y que consagre las horas todas y su existencia entera á labrar tu felicidad!

¡Feliz quien lo consiga!

J. R. M.

A MI HIJA CONSUELITO.

Duerme angel mio, la tormenta arrecia,
rebrama el aquilón,
duerme y que el angel de la guarda cierre
tus dulces ojos que mi dicha son.

Pálida estás como la blanca luna
que vinieron las nubes á ocultar,
y en tus negras pupilas luce el rayo
que aborta la sombría tempestad:

Cierra tus ojos, ciérralos, bien mio,

que es muy dulce dormir
y el fuego de tus ojos me dá frio....
¡Ah! no me hagas sufrir.

Consuelo fuiste del dolor profundo
conque la muerte hirió mi corazón;
dos ángeles perdí, y en lugar suyo
el cielo te envió.

Sin duda al descender los encontraste
y te digeron mi dolor, tal vez,
y por eso es tan triste tu mirada,
tan pálida tu tez.

Duerme angel mio, que el reposo pueda
de rosa tus megillas matizar,
que tus sueños de dicha y de inocencia
arrulle mi cantar;

No te importe que el trueno en el espacio
ruede con ronco son,
ni el fosfórico brillo del relámpago
ni el agudo silbar del aquilón.

Poco á poco las nubes á su impulso
alejándose van....
¡Solo las que el amor de madre hieren
no se alejan jamás!

CONCHA SALTEAU DE VALCARCEL.

LA PRIMERA CALAVERADA.

Esta es una página de las memorias secretas de un joven predestinado para ser un infeliz.

«Había cumplido diez y seis años en aquel mismo dia, y mi padre me dijo:—Toma un par de duros para que vayas al café y al teatro, y convides á un amigo: diviértete, á mi me gusta que tú te diviertas, pero sin perjuicio de la salud ni de las buenas costumbres: solamente te prohibo en absoluto que fumes; eso es perjudicial para la salud,

—No tenga Vd. cuidado, papá—le respondí;—no es vicio que me domina.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiero decir que no tengo ese vicio.

—Así lo creo: anda, y cuidado conmigo.

»Me vestí el traje de gala, y me lancé á la calle.

»¡Dos duros! — me decía yo á mí mismo—¡dos duros! ¡Cuántos pasarán á mi lado que carezcan de diez pesetas! Infelices. Vamos á ver, ¿que hago yo con este capital?

»Hay bailes de máscaras, y yo no he visto un baile de máscaras. Voy al baile: en Capellanes empieza á las nueve; puedo disfrutar durante tres horas de las emociones de un baile. Soy libre, autónomo; tengo padre, pero no funciona esta noche para mí.

»Y pensando y andando, llegué á las puertas de Capellanes.

»¡Qué emoción! Me parecía que aquellos pelotones de máscaras hembras que aguardaban la limosna billetes para señora, que aquellos pobres hombres que rondaban los alrededores del edificio, me miraban con envidia, como diciendo: «Ese caballero entrará; es de los que pueden pagar un billete.

—¿Tienes alguno de señora?—me preguntó una aldeana de la época de Luis XIV con ramificaciones de la realeza.

—Le compraré—respondí.

»Una máscara decente quizás me hubiera replicado:

—No te molestes.

»Pero aquélla me dijo:

—Si tú eres tan amable, cómprale.

»¡Cuántas simpatías despierta el dinero!—pensé—¡y qué guapa es esta muchacha!

»No podía verla el rostro porque le llevaba oculto con el antifáz; pero yo me le pinté á mi manera.

—Es mi tipo. —añadí mentalmente, mientras me aproximaba al despacho.

—Ya que eres tan bueno—volvió á decir con su voz dulce y cariñosa la aldeana falsificada, —toma tres; por-

que somos dos hermanitas huérfanas y mamá.

— ¡Huérfanas y con mamá! — exclamé.

—Sí, tonto, —replicó riendo; —huérfanas de padre: ya te contaré la historia.

»Soy el muchacho más travieso y más afortunado de la creación: apenas llego, ya tengo historia y pareja, ó parejas, para bailar: y todo por una friolera.

—Dos... no... tres billetes — dije al individuo que despachaba las entradas para el paraíso de Capellanes; —dos de señora y uno de caballero.

»Me los dió con suma galantería, en cuanto los pagué, y me aproximé á mis mascaritas.

—Toma, — dije á la aldeana, entregándola los dos billetes; —pero tu mamá no podrá entrar sin...

—Mamá—respondió la *jardinera* que acompañaba á mi primera amiga—no necesita billete, porque es de pecho.

—¿De pecho? —pregunté con asombro.

«Las tres máscaras soltaron el trapo á reír.

— Sí, tiene billete—replicó mi aldeana; —dame el brazo, sino tienes mejor compromiso.

»Semejante amabilidad me mareaba.

»¡Una muchacha preciosa, porque yo así me lo imaginaba, pidiéndome el brazo y tuteándome! ¡Si lo supiera Elena! una joven suboficiala de modista con el grado inmediato, y á quien adoraba como ella á mí! ¡Una muchacha candorosa, que, así como yo, no había asistido jamás á un baile de máscaras, ni aun de seglares; un ángel, engañado por mí de aquella manera!

—¿Qué ajena estará ella de mi perversidad, —pensé.

»Pero pronto se borró su imagen de mi memoria: la luz, el ruido, la animación y aquel aroma de ámbar y esen-

cias *finas* que despedían mis desconocidas, me embriagaban.

»La madre era la única sombra en aquel cuadro de luz y de alegría.

—Mi situación es difícil—pensé,— porque yo no me atrevo aún á pedirle la mano de cualquiera de estas niñas, y ella no tolerará que yo las obsequie y enamore, aunque hasta ahora parece que lo tolera, gracias al candor de sus niñas.

»Al entrar en el salón, después de dejar los abrigo los cuatro, por mi cuenta, en el guarda ropa, tropecé con un mascarón envuelto en un dominó negro, todo negro: parecía un dependiente de la eternidad.

—Dispéñeme Vd.—le dije y el mascarón me miró de alto á bajo, como midiendo mi estatura con la vista, y continuó su paseo, sin responder palabra.

»Creí que una de mis máscaras decía en voz baja á la otra, á la hermanita:

—Me había parecido Fulano.

—¿Quién será Fulano?—me pregunté.

»Pocos momentos después, la máscara maternal empezó á sentir los primeros síntomas de la debilidad de estómago, y á la mañana siguieron las niñas, como hijas de tal palo.

—¿Tú serás forastero?—me preguntó la aldeana, oprimiendo cariñosamente mi brazo derecho con su manecita.

—¿Seré?—No sé lo que seré mañana—contesté,—pero hasta hoy, soy natural de Madrid.

—¡Paisano nuestro!—repitieron con infantil alegría las mascaritas.

»Maquinalmente volví la cara, y vi al mascarón negro que nos seguía.

—¡Caramba!—murmuré.—Ya me va á mi cargando este mamarracho.

—¿Qué feliz será tu novia!

—¿Tienes novia?

—Lo que yo tengo es una debilidad horrible—repitió la mamá, sacando dos manos cubiertas con guantes de guardia civil de caballería y envuelta en

un capuchón de bayeta verde sobre el cual en otra generación se tiró el *pego* á la inocencia ambiciosa.

—¿Quiéres tomar algo?—pregunté con timidez, calculando la escasez de mis recursos y lamentando la ruindad de mi padre que, en lugar de cuarenta no me había dado cuarenta mil reales para la *juerga*.

—Bailaremos esta habanera—indicó mi aldeana,—y después iremos donde tú gustes, nene.

»Este *nene* fué para mi un balazo en medio del corazón.

»La orquesta preludiaba una de esas habaneras, llamémoslas así, que imitan en su compás el balanceo de una lancha en el estanque del Retiro.

»Yo no bailaba apenas, pero ella, mi aldeana me guió al salón, después de convenir con su mamá y su apreciable hermana la jardinera, en el sitio en que habíamos de reunirnos después de la habanera.

—Cuidado, niña,—dijo la máscara mayor de edad;—cuidado, caballero.

—No tema Vd.

—No tenga Vd. cuidado.

—Mucho juicio.

»En seguida rompimos á bailar: yo me movía como si me llevaran con andadores, y procuraba encajar en el compás, pero inútilmente.

»Nos alejamos de la máscara de bayeta verde y de la otra niña, que también encontró caballero danzante y dejó sola á su madre.

»Con esta nadie se atrevió.

»La muchedumbre de bailarines se apiñaba, se codeaba; mi pareja y yo caímos sobre otra pareja que ya habían derribado las oleadas de Terpsicore (y Vds. perdonen este arranque *poético*), y en poco nos revientan las parejas que venían detrás.

»En este conflicto perdí mi sombrero, y las pesquisas que practicamos para encontrarle fueron inútiles.

—Así estás más fresco—me dijo mi aldeana sonriendo con tanta gracia, qu

por un momento me obligó á olvidar la pérdida.

—¿Cómo vuelvo á mi casa?—pensé— Necesitaba un huracán para justificar que me había arrebatado el sombrero: decir que me lo han robado es una necesidad.

»Terminó la habanera.

»¡Ya éramos novios, la aldeana y yo! ¡Qué rápidamente se consolidan las pasiones en cierta edad!

—Ahora vamos á tomar algo—dijo la máscara verde cuando volvimos á reunirnos los cuatro.

—¿A tomar?—pregunté maquinalmente:—como no tomemos medidas. —Esta frase de sastrería me recordó de nuevo á mi Elena.

»Cada cual de las muchachas se me colgó de un brazo: el pájaro verde nos seguía.

»A los pocos pasos ví que hablaba el pájaro, la mamá de bayeta verde: el mascarón del dominó negro le ofrecía el brazo, que ella admitió, y continuaron detrás de nosotros.

»Llegamos al restaurant.

—¡No hay mesa!—dijo mi aldeana, que durante el paseo había procurado distraerme con zalamerías.—¿Qué tienes hombre?—me preguntó:—estás distraído; ¿no vienes á gusto con nosotras?

—No supongas eso que me ofendes.

—¡Cuánta gente!—repetía la jardiñera.

—Allí hay mesa—gritó la mamá, con el mismo entusiasmo con que Cristóbal Colón gritaría «¡Tierra!» al descubrir las costas del Nuevo Mundo (y perdónen Vds. la comparación;—¡allí, allí!

»Nos dirigimos al sitio indicado, pasando entre aquellos pelotones de máscaras naturales y artificiales, y llegamos á una mesa situada entre otras dos, y allí, sentada junto á una de ellas, con la cintura rodeada por el brazo de un caballero castaño claro, y vestido de corto, ví...

»¡Ah! ¡era ella! ¡ella vestida de maja de la época de Goya, luciendo sus bra-

zos y su cuello torneado y blanco, y algo más de lo que marca el figurín de la época. ¡Elena! mi modista, digo *su* modista; porque ya no podía considerarla como cosa mía: el ángel, la paloma sin hiel; la que no había entrado jamás en un salón de baile!

»Pensé primeramente en lanzarme sobre ella y asesinarla.

»Después medité en el suicidio.

»Luego...

»Luego llamó al mozo la mamá, mi máscara política.

»Me senté maquinalmente.

»Elena, ó no me vió, ó no hizo caso de mi presencia, y continuó bromeando y bebiendo con sus amigas y con sus amigos.

»Entonces me enteré de que el mascarón negro estaba á un lado; y á otro, mi aldeana.

—¡Mozo! ¡mozo!—gritaba la vieja, instigada por el mascarón.

»Sirvieron... no sé lo que sirvieron; más de cinco platos por barba ó por boca; es verdad, que aquello no eran bocas, sino boquetes. ¡Qué manera de comer todos, ó todas, porque el fantasma del dominó no comía: bebió una copa de vino, tomó una aceituna, y me tiró el hueso á la cabeza.

»Recordé que estaba sin sombrero: por eso se burlaban de mi algunos individuos.

—¡Caballero!... exclamé al sentir el choque del hueso con el de mi cabeza.

—Es una broma—murmuró la máscara verde, que cuando comía imitaba con la cara un acordeón.

«La broma se repitió, pero con un hueso de chuleta.

«Me levanté furioso, y entonces...

«El mascarón me atizó un puntapié de los de primera clase.

«Quise tirarle una botella, y me sacudió otro puntapié.

Mediaron algunos sujetos: Elena se reía á carcajadas: tomé un cuchillo para *descabellarme*, y me le quitaron.

«El mascarón dijo descubriéndose el rostro:

—Es mi hijo y tengo derecho para eventarle.

«*Tableau.*

«¡Qué noche! ¡qué calaverada!

«Salí de Capellanes á empujones.

«Mi padre pagó la cuenta; pero quien pagó indudablemente, fui yo.

«Trascurridos algunos años he vuelto á los bailes de máscara y... ¡pobre padre! ¡Cuántas veces me hubiera convenido una paliza como aquella. Ya no puede pegarme.

«Aunque no fuera mas que por egoísmo, debiéramos lamentar tanto los hijos la muerte de nuestros padres.

«Sin embargo, hay hijos que no merecen serlo.

«Algunas veces he pensado en la aldeana y en *mi* Elena; en mi padre pienso todos los días.»

Por traslado,

EDUARDO DE PALACIO.

DESPUÉS DEL BAILE.

La escena en un tocador
Prodigio de la elegancia;
Oculto nido de amor
Donde hay plácido calor,
Esplendores y fragancia.

Una virgen, hermosura
Con las pupilas de cielo
Y las formas de escultura,
Se quita su vestidura
De raso y de terciopelo.

Y arranca perlas y rosas
De sus cabellos dorados;
Y encierra en cajas lujosas
Cintas y piedras preciosas
Y los guantes perfumados.

Luégo, bella y sonriente,
Se mira en la trasparente,

Limpia luna veneciana,
Como un celage de grana
En el cristal de una fuente.

Y se para á contemplar
Negro y brillante lunar
Que entre sus pechos flamea,
Cual pájaro que aletea
Sobre las ondas del mar.

De repente su semblante
Se enrojece: ha recordado
La hermosa, una flor picante
Que su lunar ha inspirado
Aquella noche á su amante.

Piensa en la atrevida flor,
Y su cuerpo se estremece
De placer embriagador;
Su pupila se humedece
Y arde en su pecho el amor.

Y á un sueño ardiente entregada,
Y sin saber lo que se hace,
Con su mano nacarada
Las finas hojas deshace
De una camelia encarnada.

Cuando á la camelia roja
Quitando está la existencia,
Otra flor de más esencia
En su pecho se deshoja...
¡Ay! la flor de la inocencia.

MANUEL REINA.

UN DESAFÍO.

Poco tiempo despues de la caída de Napoleón, un oficial polaco que habia combatido muchos años bajo sus banderas, y que por consecuencia de las últimas derrotas del ejército francés habia vuelto á reposar á su pais de las fatigas de tan desastrosas guerras, estaba para enlazarse con una joven polaca, hermosa y de distinguido nacimiento. Se disponían ya los preparati-

vos de la boda, cuando una noche el objeto de su amor desapareció sin que nadie pudiese adivinar cuál fuese el motivo de tan extraña ausencia.

Tres meses pasaron, hicieronse inútiles pesquisas sin lograr adquirir la menor noticia sobre el paradero de la joven. Seguro el oficial del amor que ésta le profesaba, estaba muy lejos de creerla infiel, y su imaginación se perdía en vanas conjeturas. Pero llegó la Cuaresma, este tiempo en que todos los cristianos están obligados por la Iglesia á confesar sus culpas: una doncella que estaba al servicio de la hermosa polaca declaró al confesor que seducida por un oficial ruso, rico y poderoso, había dado á su señora un narcótico con objeto de entregarla sin resistencia á este hombre, quien por su parte habia jurado tomarla por esposa. El sacerdote oyó no sin espanto esta singular confesión. «Yo no puedo en manera alguna absolverte, la dijo. á menos que no procures con todos tus esfuerzos descubrir el paradero de tu señora y remediar en cuanto es posible el mal que has causado.»

Un día, en efecto, que el oficial ruso se presentó como otras veces en la casa de los padres de su víctima, donde estaban reunidas muchas familias de la población, la doncella, instigada por sus remordimientos y por los consejos del sacerdote, hizo su declaración en presencia de todos. El raptor, aprovechándose de la sorpresa que á todos habia causado esta funesta revelación, «¿qué dice esa miserable? exclamó con furor. ¡Oh, vosotros no lo creeréis sin duda!... es imposible que la creáis; y y si no. decidla que testigos tiene para probar tan infame calumnia.»

«Dios, respondió la doncella; jurad en su presencia que sois inocente, y acordaos de que vendrá un día en que la maldición del cielo caerá, si mentís, sobre vuestra cabeza.» El oficial ruso se turbó al oír esta apelación, y haciendo un violento esfuerzo, «señores, dijo, aun que sea verdad que yo haya hecho

semejante locura, ¿es acaso un crimen imperdonable? Soy rico y noble; concededme su mano, y el honor de esa joven quedará sin mancha.» El polaco, que se hallaba presente, no pudo oír más; y sacando su sable en un momento de frenética exaltación, hubierá dado muerte á su rival si este no huyese á tiempo.

Al siguiente día, cuando más entregado estaba el infeliz amante á sus proyectos de venganza, vió llegar un cosaco con una carta. El lugar de la cita era un bosque á cuatro leguas de Varsovia, en la mañana del día siguiente. El polaco aceptó el duelo trasportado de alegría. Escogió por padrinos á dos de sus compañeros de armas, y pasó toda la noche contando con ansiedad las horas y los minutos.

Llegaron los combatientes al sitio señalado: colocáronse á quince pasos de distancia, y se convino que pudiesen adelantar terreno hasta dos pasos, haciendo fuego cuando quisiesen. El ruso disparó el primero y atravesó el pecho de su enemigo. «Ven á morir, dijo entonces el polaco: todavía tengo vida para arrancarte la tuya.» El ruso en este momento, cediendo á un impulso de cobardía, montó en su caballo y escapó á galope. Sus mismos padrinos, indignados, dijeron á los del herido: «Perseguidle y matadle: es un infame!» Bien pronto volvieron éstos con sus sables ensangrentados á anunciar á su amigo que el oficial no existía.

El polaco, mortalmente herido, fué llevado á una casa de campo que estaba inmediata al lugar del combate. Seis horas habia pasado en ella de mortales angustias, cuando con espanto vió entrar algunos aldeanos conduciendo en una camilla, hecha con ramas de árboles, al oficial ruso que aún vivía.

«¡Me habéis engañado, exclamó el polaco, no ha muerto!» y haciendo un violento esfuerzo, se incorpora, toma susable, y acercándose á su enemigo le hiere en el corazón.

Un momento despues ninguno de los
dos existia.

X.

PRIMAVERA.

Ya estamos en el tiempo
De los calores,
Lanzan sonoros trinos
Los ruiseñores;
Y en la pradera
Se nota el olorcillo
De primavera.

Ya han pasado los dias
Frios, inhumanos,
Que con sus hielos hacen
En nuestras manos,
Más sabañones,
Que tengo yo agujeros
En mis calzones.

Ya no nos dá la lluvia
Tan malos ratos.
Ya se ha marchado el tiempo
En que los gatos,
Con maullidos
Lastiman y ensordecen
Nuestros oídos.

Ya no brilla en la altura
Sulfúrea lumbre.
Ya no se vé nevada
La altiva cumbre.
Verde tan solo,
Doquier tiendo la vista
De polo á polo.

Ya nos traen las brisas
Ricos olores
Que despiden fragantes
Las bellas flores.
¡Oh primavera!
Eterno tu dominio
De ser debiera.

Mas todas tus bellezas

No me enternecen,
Sino por los pepinos
Que ahora florecen.
Y rio, y gozo
Pensando en los gazpachos,
Con alborozo.

TALMA.

EL MOZO DE CAFÉ.

Un caballero alto, de rostro que acu-
saba más de sesenta primaveras, no
falto de cabellós, pero todos blancos, se
sentó en una de las mesas del café y
llamó con un par de sonoras palmadas
al mozo.

Acudió este al llamamiento, y así
que hubo llegado á la mesa en que
estaba el recién venido, quedó sus-
penso un instante y como quien vé vi-
siones.

—Una copa de Jerez—dijo el parro-
quiano,—y al decirlo levantó la cabeza.
Su mirada se cruzó con la del mozo.

—¡Mi señor D. Eusebio!—exclamó el
camarero con ese acento especial que
tienen todos los gritos que salen de lo
hondo,—¡usted por aquí, mi señor don
Eusebio!—y el mozo, perdida con la
alegría del inesperado encuentro, toda
noción de jerarquía social, tendió la
mano á D. Eusebio, el cual la cogió en-
tre las suyas estrechándosela con cari-
ñoso apretón.

—Gracias, Paco.—No sabia si te en-
contraria muerto ó vivo, pero de todos
modos estaba seguro de que me ha-
brías echado de menos durante mi lar-
ga ausencia.

—¿Que si me he acordado de usted?
No ha pasado dia sin que mirase con
tristeza esta mesa del café, tan alegre
y ruidosa en otros tiempos, tan callada
y solitaria hoy.

—Y yo me he acordado de ella to-
dos los dias. No sabe nadie el cariño que
se toma á la mesa que ha servido du-
rante muchos años de reunión al círculo

de los amigos íntimos: la mesa sobre la cual se han dado puñetazos en esas discusiones ardientes originadas al comentar por la noche la noticia de sensación del día: la mesa de café que va asociada á los recuerdos del tiempo viejo y en torno de la cual se aparecen con todos sus rasgos característicos las caras de los amigos inolvidables.

Esto no se sabe hasta que se llega á un café en país extraño, y el café con ser moka excelente sabe á achicoria, y el coñac, un coñac viejo y oloroso, se nos antoja brebaje indigesto, todo porque nos falta la mesa conocida, el marmol que amarillea con el desgaste de nuestra diaria visita... Mira, Paco, el café es el segundo hogar para la generalidad de los mortales; mas para mí, que no tengo hogar fijo ni familia, esto mesa en que estoy sentado es el único hogar al cual me ves llegar, sin quitarme siquiera el polvo del camino, en busca de algo que me recuerde aquella época feliz (hará de ello veinte años) en que tenia menos dinero que ahora, pero menos canas, más inexperiencia de la vida, pero más bríos en el cuerpo y en el espíritu: ¿Te acuerdas?..

—Señor don Eusebio—dijo á este punto el mozo que habia escuchado con boca y ojos abiertos las palabras del antiguo parroquiano—voy por la copa de Jerez y... hablaremos.

Dió media vuelta y echó á andar hácia el mostrador, frotándose con disimulo los párpados, los cuales á duras penas sirvieron de dique mientras habló don Eusebio, al agua que iba inundando los ojos de Paco, el decano de los mozos del café, el incansable narrador de historias antiguas, el vanidoso camarero que no acababa nunca la lista de nombres ilustres que habian desfilado por sus mesas.

Alas hubieran dado á cualquier otro camarero, y no habria servido una copa de Jerez con la presteza con que se la sirvió Paco á D. Eusebio.

—Oye—dijo este, despues de tomar

un sorbo y sacar del bolsillo una pipa formidable:—¿qué se ha hecho del general?

—¿El general Salas? Murió el pobrecito. Cumplió la edad reglamentaria, tuvo que pasar á la escala de reserva y le mató la tristeza de verse clasificado entre los trastos viejos. La última noche que le serví café, me dijo: Paco, me parece que pronto te vas á quedar sin el último parroquiano.

—Pero, ¿y los otros?

—Todos murieron antes que el general. D. Esteban, que ya sabe usted si era fuerte y duro, cogió un catarro y se le declaró una tisis que llamaron los médicos galopante. ¡Y si galopó la maldita! Fué cuestión de quince días. Don Francisco, el magistrado, murió de una apoplejía. Murió el Sr. Berriz: el pobre nunca tuvo mucha salud, pero se defendía. Una mañana (hará de ello diez años) le encontraron muerto en su cama. Desde entonces quedó la reunión reducida al general. Venia todas las noches, y á falta de amigos con quien charlar, hablaba conmigo y recordábamos los dos las discusiones y los sucesidos de esta mesa. ¡Cuántas veces le hemos sacado á usted á plaza! ¡Pobrecito—decia el general—habrá muerto, cuando nada se sabe de él! Y vea usted lo que son las cosas. ¿Quién le habia de decir al general que estaria comido de los gusanos, y yo hablando con usted, como estoy ahora?

—¡Mozo! ¡mozo!—gritaron unos jóvenes que habian tomado asiento en una mesa de al lado.

—Va, señorito.

Pero Paco, en vez de ir, siguió diciendo:

—No sabe usted, Sr. D. Eusebio, lo triste que es para mí el café desde que quedó desierta esta mesa. Cada vez que veo sentarse en ella á un desconocido que da palmadas para que le sirva, siento dentro de mí algo que no sé explicarme, algo que me obliga á odiar al que me llama, y á mirarle como

usurpador, como intruso, indigno de ocupar el mismo sitio que durante tantos años ocuparon ustedes.

Y al decir esto temblaba de emoción el pobre viejo, y con la punta de paño plegado al brazo, se secaba una lágrima que le corría por un surco de la mejilla.

—Pero, mozo — gritaron mal humorados los de la otra mesa — ¿nos vas a servir ó nó?

—Vá, señorito.

—Porque en los cafés hay reuniones que al cabo de ciertos años llegan á adquirir la propiedad de la mesa en que se sientan. Esta, por ejemplo, es y será siempre la mesa del general. — ¡Has cobrado el café de la mesa del general? — nos preguntamos los mozos al darnos las cuentas. — ¿Dónde está la mostaza? — Ahí en la mesa del general. Y esta ya no es una mesa como las demás del café: esta ya no es del amor: esta es la mesa del general. ¡Qué tiempos aquellos!...

Iba á seguir con la charla el mozo, cuando se armó un ruido formidable producido por los gritos y palmadas de los desatendidos parroquianos, justamente irritados con la tardanza del mozo.

El timbre del mostrador sonó con insistencia para despertar de su letargo al camarero.

—Vá, señorito — dijo Paco por tercera vez.

Y esta vez fué. Llegó al mostrador, se desciñó el delantal, y con ademán regio lo puso en manos del dueño del café.

Y entregada de este modo la dimisión de su cargo, volvióse sin decir palabra á la mesa del general, se sentó frente por frente á D. Eusebio, y llamó:

— ¡Mozo! un café.

Los mozos se miraron todos con indecible asombro mientras Paco decía dando un suspiro:

—Sí, Sr. D. Eusebio; ¡qué tiempos aquellos!

J. M.

CURIOSIDADES.

Segun testimonio de médicos muy respetables, el hombre debe vestirse con tegidos animales como pieles, lana y seda y dejar á un lado el lino, el algodón y otros tegidos vegetales.

El traje es el agente que asegura la regularidad de las funciones de la piel. La protege contra el frio y la humedad, impidiendo que estas causas atmosféricas influyan en la traspiración cutánea.

Muchas experiencias prueban que los tegidos vegetales conducen mucho mejor el calor, la humedad y la electricidad que los tegidos animales. Además, como lo sabe todo el mundo los tegidos de calor son mucho más permeables al calor que los blancos: basta comparar la acción del sol sobre una chaqueta azul y sobre una blanca.

Las prendas que componen el traje no deben ser pesadas ni deben tampoco ceñirse demasiado al cuerpo. Se ha de evitar también que sea muy cerrado el tegido de las telas: conviene que por entre los hilos pueda introducirse el aire y permita al mismo tiempo la evaporación de los productos excrementales de la piel humana.

Los tegidos de lino son buenos conductores del calor, y por lo tanto frescos.

El algodón es más recomendable que el hilo: con él se está menos expuesto á los enfriamientos en verano, y durante el invierno conserva mejor que el hilo el calor animal.

La lana es muy mala conductora del calor. Colocada sobre la piel titila incesantemente, y ejerce una especie de fricción en miniatura muy favorable á la circulación cutánea y á la nutrición de la epidermis.

Por la piel se introducen el reumatismo y las bronquitis: los vestidos de lana son los que contrarrestan la sus-

ceptibilidad del tegumento externo.

La franela aplicada sobre la piel, es evidentemente la tela que conserva mejor y la que más garantiza á la piel contra las variaciones atmosféricas y enfriamiento del sudor.

Sin embargo, no puede aconsejarse la aplicación directa de la franela sobre la piel, más que en los sujetos débiles, las cuales padecen de reumatismo, ó que tengan predisposición á esta enfermedad ó á las afecciones de la garganta.

La franela es indispensable para los enfermos, cuya piel necesita funcionar sin interrupción y á los convalecientes.

Los individuos que gozan de buena salud deben usar la franela entre las prendas del traje, tales como gabanes, chalecos, etc.; pero nunca aplicada directamente á la piel.

De las franelas, la preferible es la blanca. La franela roja ejerce una acción muy irritante sobre la piel; esto se debe al arsénico que contiene las materias empleadas para el tinte.

Hace algunas semanas lady Isabel Rusell, cuñada del embajador de Inglaterra en Berlin, encargó á su ayuda de cámara que le comprara un papagayo, pero un papagayo que hablara perfectamente.

Lady Rusell queria dar una sorpresa á su hermana la embajadora.

El ayuda de cámara cumplió fielmente su misión y compró un hermosísimo papagayo, que pagó á peso de oro. El animalito hablaba el aleman mejor que un berlinés.

Lady Russell no entiende el aleman; pero hace pocos dias llegó el embajador á Berlin y se encontró en un gabinete de su casa con el papagayo.

Grande fué la sorpresa del embajador cuando oyó hablar al pájaro. Y bien sabe Dios que no quedó sorprendido por la facilidad de la pronunciación, sino por las insolencias y pala-

bras mal sonantes que decia el animalito.

Esta revelación, indignó á lady Rusell y envió á llamar al vendedor del papagayo para que se quedara con él y devolviera lo que le habia dado por la venta.

El pajarero ha contestado:

—Señora mia, segun veo, el papagayo ha recibido educación popular, pero esa no es culpa mia. Aprendió á hablar á bordo de un buque, teniendo por maestros á los marineros, y bien sabe su excelencia que esa gente no frecuenta los salones de la corte. Me pidieron un papagayo que hablase aleman, y aleman, aunque no escogido, habla el papagayo que yo vendí.

El *Wenier Allegemanie Zeitung*, que es el periódico que cuenta la aventura añade.

El juez ha conseguido que haya avenencia entre las partes. El pajarero se ha encargado de la educación del pájaro, y lo tendrá en su poder hasta que se familiarice con el lenguaje de la buena sociedad.

Los japoneses van á dar quince y raya á los yankees en las exageraciones de los reclamos.

Hé aquí el anuncio de una librería publicado en el periódico japonés *Yó mi ouri Chambon*:

Ventajas que ofrece nuestro establecimiento.

Los precios son más arreglados que una señora en noche de baile.

Los libros más elegantes que una actriz francesa.

La impresión más clara que un cristal.

El papel tan sólido como la piel de un elefante.

Los clientes tratados con tanta consideración como los viajeros por las compañías de navegación en competencia.

Las mercancías expedidas con una

rapidéz comparable solamente á la de una bala de cañon.

Los paquetes tratados con el cariño que trata á su marido una esposa amante.

Si los jóvenes quieren favorecernos con sus visitas, aumentarán el caudal de sus conocimientos con la adquisición de libros nuevos y originalísimos. Gracias á ellos desaparecerán sus vicios, especialmente el de la pereza y las disipación, y llegarán á ser hombres serios y útiles á su país.

Las otras ventajas que nuestra casa ofrece son muy largas para que las podamos citar aquí..

Pues señor, cualquiera tomaria á estos japoneses por andaluces.

La siguiente historia prueba la miseria que existe en una parte de la población de Nueva York.

El profesor James Walsh, de la Escuela de Medicina de Nueva York, se hallaba trabajando en la sala de disección, cuando se presentó una mujer que queria hablarle. Era una mujer alta y bien formada, ya entrada en años, la cual, con acento alemán muy pronunciado, le preguntó si compraba cada veres.

El doctor contestó afirmativamente, haciéndola observar que era necesario que los cuerpos estuvieran en buen estado de conservación y sin mutilar.

—¡Oh, respondió ella! El cuerpo que yo quiero vender está en muy buen estado, os lo garantizo. Mis hijos tienen hambre y yo no quiero dejarles morir pudiéndoles dar un pedazo de pan.

— Si es el cuerpo de uno de vuestros hijos — respondió el profesor, — no me sirve.

— No es el cuerpo de ninguno de mis hijos sino el mio que quiero venderos. Es el único medio que me queda para comprar pan: dadme el precio de mi cadáver y me mataré enseguida.

El doctor, vivamente impresionado,

dió una moneda de cinco duros á la infeliz mujer.

Aviso á los emigrantes.

La célebre Vera Zassoulitch, la que dió muerte al general Trepoff en San Petersburgo, se halla complicada en una aventura que parece de novela. Un comerciante ruso, M. Karpof, que ha muerto recientemente en Tambou, ha dejado un testamento en el que dice en testimonio de respeto á la persona de Vera Zassoulitch, la instruye su legataria universal.

La fortuna del difunto representa un capital de 600.000 rublos.

El tribunal del distrito al que se ha presentado este testamento para recibir su confirmación, ha pedido instrucciones sobre este punto al ministro de la Justicia, el cual ha contestado que el tribunal debía proceder en conformidad con las leyes y el testamento ha sido declarado válido.

Para tomar posesión de esta herencia, deberá Vera Zassoulitch volver á Rusia, donde sería presa, y si no fuese en el espacio de cinco años, á contar desde el día en que salió de Rusia, será considerada, segun la ley rusa, como emigrada, y todos sus bienes, inclusa la herencia, serán confiscados.

Un hombre muy feo estaba en una reunión vuelto de espaldas á una señorita muy chistosa que viendo que no le mostraba el rostro dijo á su amiga:

— Está visto; este hombre trata de agradarme.

Z.



Almería.—Tip, La Provincia.

ANUNCIOS.**EL CRONISTA.****REVISTA QUINCENAL.**

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES Y ESPORT.

❧ **PRECIOS.** ❧

En Almeria, un mes.	1 peseta.
Fuera, un trimestre.	4 »
N mero atrasado.	1 »

PAGO ANTICIPADO

Toda la correspondencia se dirigirá á nombre del Administrador,
D. Enrique Rocaful y de Montes.

LABORATORIO QUÍMICO-FARMACÉUTICO

DE

VIVAS PEREZ

(BOTICA DE SANTO DOMINGO)

Real, 33.—ALMERIA.—Solis, 1.

LICOR DE BREÁ

DE VIVAS PEREZ.

Despues de haber ensayado las mejores fórmulas de esta preparacion, que tan buena, realizada se halla, etc:to de sus excelentes resultados en los casos en que está indicada, hemos conseguido obtener un *Licor concentrado y dosificado.*

Su accion es siempre feliz en los *catarros de la vejiga, catarro pulmonar, afecciones de la piel, de la garganta, del aparato digestivo, etc., etc.*

Véase el prospecto.